

Es propiedad:  
Queda hecho el depósito que previene la Ley.

PA3057

M8

v. 2

1889



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CAPÍTULO XVII.

### Escritos filosóficos.

No siendo la presente obra una historia de la filosofía, sino de la literatura helénica y de la cultura intelectual del pueblo griego, claro es que al hablar de los antiguos filósofos de Grecia no hemos de tratar cuestiones que únicamente debe resolver una obra de aquella índole. La filosofía forma un ramo especial de ocupación para la humana inteligencia, fundado en necesidades de nuestra razón, que no surgen en todos los hombres y que no aparecen sino en ciertos grados del desarrollo de la cultura intelectual. Constituyen su esencia ideas y pensamientos que están en perpetua lucha, y si por acaso algún filósofo logra equilibrarlos, la balanza no tarda en inclinarse y el edificio se desploma para ser sustituido por otro fabricado con los mismos materiales, pero con arreglo á un plano completamente diverso. Para comprender bien las ideas especulativas de los antiguos filósofos griegos conservadas en las noticias y fragmentos que de sus obras han llegado hasta nosotros, y para penetrarse de la originalidad de cada uno de aquellos grandes pensadores así como del lugar que le corresponde en la historia del pensamiento filosófico, no sólo es indispensable sentir verdadero interés por este mundo de la idea, sino que es igualmente preciso estar libre de prejuicios y de simpatías por un sistema determinado. Sea cualquiera la importancia que para el lector tengan estas especulaciones metafísicas, son perfectamente extrañas al asunto de esta obra destinada á estudiar el pueblo griego en su conjunto y á exponer cuanto directamente haya contribuído á enriquecer la vida intelectual de aquella nación. Ahora bien; la *filosofía* en sus comienzos, y aun mucho tiempo después, se mantuvo tan alejada de la cultura general del

pueblo, como íntimamente ligada estuvo con ésta la *poesía*. La poesía, en efecto, transfigura y dignifica la vida de la nación, la esfera del pensamiento, la religión, la mitología, las costumbres y las instituciones políticas y sociales, todo, en suma, lo que contribuye á caracterizar más distintamente un pueblo; ella es la flor de la existencia histórica y positiva de la nación. La filosofía, por el contrario, comienza por arrancar el espíritu á la influencia de las opiniones y de las costumbres en que se ha educado, de las ideas populares relativas á la naturaleza de los dioses y del universo, de los principios morales y de las instituciones políticas <sup>1)</sup>. El filósofo tiende siempre á tener ideas propias y á alcanzar una autonomía que á menudo le lleva á una oposición abierta contra las instituciones positivas y á un soberbio desdén por todo cuanto es ciencia y arte tradicionales. Así es que desde sus comienzos, la filosofía renuncia al ornamento del verso, esto es, á aquella forma del discurso que hasta entonces había servido de medio de expresión á todo sentimiento noble y levantado; y es la primera que adopta el lenguaje vulgar, cosa á que no se habría atrevido si sus obras hubieran sido compuestas para ser recitadas en presencia de la multitud que acudía á las fiestas y á los juegos. Necesitábase, en efecto, mucho atrevimiento para interrumpir en tales solemnidades la rítmica de los armoniosos exámetros y de los metros líricos con un discurso pronunciado en el lenguaje ordinario. Pero no consistiendo los escritos más antiguos de los filósofos griegos sino en breves exposiciones de sus principales doctrinas hechas para ser comunicadas á un número muy limitado de personas, no había motivo para separarse de la forma ordinaria de hablar, ya desde hacía largo tiempo usada para consignar las leyes, los tratados de alianza, etc. <sup>2)</sup>. En realidad, la prosa está tan íntimamente ligada con la escritura, que puede asegurarse que si esta última se hubiera generalizado antes entre los griegos, la poesía no hubiera conservado por tanto tiempo su preponderancia en la nación helénica. La filosofía, no obstante, á medida que se desarrollaba, reclamaba el auxilio de la poesía para cautivar más la atención; de suerte que si hubiéramos de sujetarnos estrictamente á las divisiones de nuestro plan, habría-

<sup>1)</sup> [La palabra filosofía se aplica aquí en un sentido muy lato, como en Heródoto, 1, 30, y en el discurso de Pericles en Tucídides, 2, 40.]

<sup>2)</sup> Véase acerca de este particular el capítulo siguiente.

mos pasado de la poesía teológica á la poesía filosófica. Pero como en la presente obra nos atenemos al orden cronológico y al desarrollo natural é íntimo de las diversas ramas de la literatura, al lado de las composiciones en prosa colocaremos la poesía filosófica, que no es otra cosa, en suma, que una ligera desviación del estilo de ordinario empleado en los escritos filosóficos.

Aunque desde un principio los filósofos griegos tendieron á aislarse y á meditar con ánimo sereno é imparcial acerca de la esencia de las cosas, es lo cierto que ninguno de ellos pudo sustraerse en absoluto á la influencia del medio ambiente y de las circunstancias que le rodeaban. Por tanto, podemos clasificar á los primeros filósofos en diversos grupos, según las razas y las comarcas á que pertenecieron, ya que no es aplicable á aquel período la división en escuelas, por ser á la sazón desconocida la trasmisión regular y ordenada de teorías por una serie no interrumpida de maestros y de discípulos. El primer impulso que recibió la filosofía especulativa, diéronselo los *jonios*, pueblo que no sólo había demostrado su decidida afición á conocimientos nuevos y variados, sino que también había dado pruebas de una inclinación patente á las investigaciones científicas de los fenómenos físicos <sup>1)</sup>. Por esta razón, los antiguos dieron á estos sabios de la Jonia los nombres de *filósofos*, *físicos* ó *fisiólogos*. Con la audacia propia de la inexperiencia y de la ignorancia, diéronse á investigar lo más abstruso é intentaron descubrir la causa remota, el origen de la existencia de las cosas, sin ayuda de otros experimentos físicos que los que se hallan al alcance de un hombre cualquiera, y cuando ignoraban todavía los elementos más rudimentarios de las ciencias matemáticas. Si por una parte el atrevimiento de estos jonios, que pasando por cima de los grados intermediarios pretendían resolver los más árdulos problemas, nos arranca una sonrisa, de otra no puede por menos de causarnos admiración profunda la perspicacia maravillosa con que muchos de ellos adivinaron la íntima conexión de fenómenos que sólo

<sup>1)</sup> [Que la civilización oriental ejerció marcado influjo en el desarrollo de la especulación física de los jonios, así como que ésta en época remota lo ejerció también en el desarrollo de la música, es más que verosímil, aun cuando hasta aquí no se ha logrado señalar el alcance y la importancia de esta influencia. Los descubrimientos astronómicos atribuidos á Tales son los que principalmente se apoyan en anteriores observaciones, si en realidad no fueron fielmente transportados del Oriente. Véase la página 6, nota 2.]

posteriores progresos de las ciencias naturales han podido hacernos comprender. La índole de estas especulaciones demuestra que los jonios no procedían *a priori* é independientemente de la experiencia, sino que antes bien comenzaron por estudiar las causas de los fenómenos y la naturaleza de las cosas. Distinguiéronse siempre los griegos por un claro espíritu de observación atenta y delicada; pero jamás, ni aun en los tiempos en que ya tenían atesoradas gran número de observaciones acerca de la naturaleza, se elevaron á la investigación de las leyes reguladoras de los fenómenos físicos, campo que abandonaron por entero á la ciencia moderna, limitándose por ende á la simple experimentación de aquellos mismos fenómenos <sup>1)</sup>.

Antes de pasar de estas consideraciones generales á hablar individualmente de los diferentes sabios de la escuela jónica (tomando esta expresión en su sentido más lato), mencionaremos á un autor, digno de nota, porque forma, por decirlo así, como un eslabón intermediario entre los entusiastas sacerdotes Epiménides, Abaris y otros de que ya hemos hablado, y los fisiólogos jónicos. *Ferécides*, nacido en Siro, una de las islas Cícladas, es el primer griego de quien poseemos fragmentos en prosa, y fué seguramente uno de los primeros que, siguiendo la costumbre de los jonios, los cuales aún no habían recibido el papyrus de Egipto, confiaron á pieles de oveja (*διφθέρα*) sus conocimientos científicos aún muy escasos <sup>2)</sup>; pero á su prosa sólo puede aplicarse el nombre de tal, porque rompió las trabas de la rima y no porque expresase las ideas y pensamientos de una manera llana y sencilla. Su libro comenzaba de esta suerte (en Diógenes Laercio, I, 19): «Zeus y el tiempo (Cronos) y la tierra primitiva (Chthonia) han existido siempre. Pero la tierra primitiva se llamó Tierra (*ghe*), desde que Zeus la honró.» Cuenta luego Ferécides cómo Zeus se transformó en dios del amor (Eros) cuando quiso formar el mun-

<sup>1)</sup> [Esto aparece también claramente demostrado en la historia de las ciencias médicas.]

<sup>2)</sup> Heródoto, 5, 58. La expresión *Φερεκίδου δὲ φθέρα* ha dado sin duda alguna origen á la fábula según la cual Ferécides había sido degollado en castigo de su ateísmo; de ateos se acusaba también á todos aquellos antiguos filósofos. [Aquí debería explicarse el modo y manera cómo nació esta leyenda. No debe, por lo demás, creerse en la verosimilitud de tal castigo, como tampoco en las noticias análogas que se nos han transmitido acerca de la piel de Epiménides. Véase acerca de este punto á Nitzsch, *De historia Homeri*, p. 161 y 162.]

do, con los materiales creados por Cronos y Chthonia. «Zeus—continúa en Clemente Alejandrino, *Stromateon*, 6, p. 264 y 272—formó un manto amplio y hermoso en el cual pintó la Tierra y Ogenos (Océano) y las moradas de Ogenos, y extendió el manto en una encina alada <sup>1)</sup>». Sin pretender dar una exacta interpretación de estas imágenes, parece indudable que Ferécides, por sus ideas y por su estilo tiene muchos puntos de contacto con los teólogos órficos, entre los cuales debe colocársele más bien que entre los físicos de la Jonia <sup>2)</sup>.

Floreció Ferécides en la época de los Siete Sabios, uno de los cuales, *Tales de Mileto*, aparece el primero en la serie de los físicos jónicos. Los Siete Sabios, como ya antes hemos tenido ocasión de hacer notar, no eran pensadores solitarios que debieran su fama á sus especulaciones, incomprensibles para el vulgo; su reputación, difundida por toda la Grecia, descansaba única y exclusivamente en su actividad como estadistas, como consejeros del pueblo en los asuntos públicos, como hombres prácticos en una palabra. Más de una anécdota da testimonio de la experiencia de Tales en los negocios de Estado y en las cuestiones económicas. Heródoto <sup>3)</sup>, especialmente, cuenta que después de la caída de Creso, estando amenazados los jonios por el poderío de Ciro, Tales, á la sazón de edad muy avanzada, les aconsejó estableciesen una capital jónica en medio de la costa, en Teos, por ejemplo, donde se deliberaría sobre cuanto afectara á los intereses de la raza, y con la cual todas las demás ciudades de la Jonia man-

<sup>1)</sup> Véase Sturz, *Commentatio de Pherecyde utroque* en sus *Pherecydis fragmenta*, ed. alt. 1824. \*Entre los escritores modernos véase Preller, *Die Theogonie des Pherekydes von Syros*, *Rhein. Museum*, 1846, p. 377 y ss., [en su colección última, p. 350 y siguientes.] Demuestran plenamente la autenticidad de estos fragmentos las escasas formas jónicas antiguas [por ejemplo *Ζάζ*, con el acusativo *Ζάντα*, ἐμεῦ, Ἦῆ por Ἦεζ] que de ellos citan los eruditos gramáticos Apolonio y Herodiano. [Acerca del título y contenido de la obra de Ferécides, dice Suidas: ἔστι δὲ ἅπαντα ἃ συνέγραψε ταῦτα Ἐπτάμυχος ἦτοι Θεοκρασία ἢ Θεογονία ἔστι δὲ θεολογία ἐν βιβλίοις δέκα, ἔχουσα θεῶν γενέσιν καὶ διαδοχάς. Preller, *op. cit.*, p. 351, pretende sustituir, siguiendo á Eudemo en Damascio, c. 124, p. 384 de Kopp, Ἐπτάμυχος, por Πεντέμυχος.]

<sup>2)</sup> [Distinta de ésta es la opinión de Aristóteles en su *Metafísica*, núm. 4, página 1092, b, 9; de cuyas palabras: σὶ γὰρ μεμιγμένοι αὐτῶν (esto es, el poeta) καὶ (según Bonitz debe suprimirse) τῷ μὴ μυθικῶς ἅπαντα λέγειν, οἷον Φερεκίδης καὶ ἕτεροί τινες, τὸ γεννησαν πρῶτον ἄριστον τιθεῖσιν, se desprende, por lo demás, que Ferécides no formó una escuela aislada.]

<sup>3)</sup> [I, 170.]

tendrían las mismas estrechas relaciones que con Atenas sostenían los demos del Atica. Era Tales más joven cuando se dice que predijo á los jonios el eclipse total de sol que, hacia el año 610 ó 603 a. Chr., puso fin á la batalla que los medos, mandados por Ciaxares, mantenían con los lidios dirigidos por Haliates <sup>1)</sup>. No llegando á la sazón sus conocimientos matemáticos á la doctrina de Pitágoras, es indudable que Tales utilizó en esta ocasión fórmulas astronómicas recogidas por él en el Asia Menor, de los caldeos, verdaderos padres de la astronomía de los griegos y demás naciones. Dícese también que fué el primero en dar á conocer varios problemas, como, por ejemplo, el de la igualdad de los ángulos de la base de un triángulo isósceles. Tales era evidentemente muy práctico. Cuando sus teorías propias no le bastaban, apelaba á los conocimientos de los pueblos más adelantados en el estudio de las ciencias naturales. Él fué quien aconsejó á sus compatriotas que no navegasen siguiendo la dirección de la Osa Mayor que describe un gran círculo alrededor del polo; sino que siguiendo el ejemplo de los fenicios, de los cuales, según Heródoto <sup>2)</sup>, descendía la familia de Tales, tomasen por guía la Osa Menor á la que también se daba el nombre de fenicia <sup>3)</sup>. Tales no fué poeta ni escritor. Los antiguos no pudieron citar con certeza ninguna obra escrita por él <sup>4)</sup>. Así, las noticias que tenemos de sus tesis filosóficas, descansan sólo en el testimonio de sus coetáneos y de sus inmediatos sucesores, y en vano sería tratar de formar un sistema cósmico que fuese trasunto fiel de sus ideas. Lo único que

<sup>1)</sup> Si Tales, como afirma Eusebio (véase Apolodoro en Diógenes Laercio, 1, 37), nació el año 2 de la 35.<sup>a</sup> Olimpiada (639 a. Chr.), tenía entonces 29 ó 36 años. [Según otra opinión acorde con Plinio, *Hist. Nat.*, 2, 12, el eclipse de sol ocurrió el 28 de mayo del 585. Véase sobre este particular á Zeller, *Die Philosophie der Griechen*, vol. 1, p. 171 de la 4.<sup>a</sup> edic.]

<sup>2)</sup> [1, 170.]

<sup>3)</sup> Escolios al *Phaenom.* de Arato, 39. En análogas tradiciones descansaba verosímelmente la *ναυτική αστρολογία*, que los antiguos atribuyeron á Tales, pero que testimonios más fidedignos atribuyen á un escritor más moderno, Focio de Samos. [Consúltese para conocer á Tales como matemático y como astrónomo, lo que Diógenes Laercio, 1, 23, cita de la Historia de la Astronomía de Eudemo.]

<sup>4)</sup> [Según el testimonio de un cierto Lobon de Argos, en Diógenes Laercio, 1, 34, Tales no escribió en su vida más de 200 líneas. Aristóteles tampoco conoce ninguna obra de Tales, y cita sus teorías tomándolas de la tradición.]

puede inferirse de las tradiciones más fidedignas, es que Tales, lejos de mirar á la naturaleza como una materia inanimada, la consideraba como animada por un principio de vida y decía en su gráfico lenguaje: «Todo está lleno de divinidad <sup>1)</sup>»; aduciendo como pruebas el imán y el ámbar por sus propiedades magnéticas y eléctricas. Sábese también que consideraba el agua como principio ó materia primitiva y generadora <sup>2)</sup>; probablemente porque adoptando ya la forma sólida, ya la gaseosa, le enseñaba cómo en la naturaleza un sér puede ser idéntico á sí mismo aun revisitando las formas más diversas. Estos datos, aunque escasos, bastan para hacernos ver en Tales al génio que disipa las vulgares preocupaciones que en el hombre producen las impresiones de los sentidos, para buscar la causa de las formas externas en las fuerzas motrices que se encuentran, no en el aspecto, sino en la esencia íntima de las cosas.

Sigue á Tales, *Anaximandro*, también de Mileto. Parece indudable que escribió su obrita acerca de la naturaleza, *περί φύσεως* — como se intitulan casi todos los libros de los físicos jónicos, — el año 2 de la 58.<sup>a</sup> Olimpiada, 547 a. Chr., cuando Anaximandro contaba 64 años <sup>3)</sup>. Con ella comienza la literatura filosófica de los griegos, en la cual no pueden considerarse comprendidas las misteriosas revelaciones de Ferécides. Su estilo debía ser muy conciso y más propio de la poesía que de la prosa, dado que el simple discurso de la razón analítica apenas había tenido ocasión ni tiempo para formarse. Al menos los escasos fragmentos que de la obra de Anaximandro han llegado hasta nosotros, están escritos en este estilo. Es también muy verosímil que las exposiciones astronómicas y geográficas que se atribuyen á Anaximandro fuesen capítulos de esta obra. Poseía este escritor un gnomon ó reloj de sol, que sin

<sup>1)</sup> En el pasaje de Aristóteles, *De anima*, 1, 5, 15, las palabras *πάντα πλήρη θεῶν εἶναι* son las únicas que hay de Tales; *ἐν ὅλῳ τὴν ψυχὴν μεμιχθῆναι* constituyen la glosa de Aristóteles.

<sup>2)</sup> *Ἄρχή, αἰτία*. Anaximandro fué el primero que usó la expresión *ἀρχή*.

<sup>3)</sup> No se comprendería cómo Apolodoro sabía que Anaximandro tenía 64 años el 2 de la 58.<sup>a</sup> Olimpiada (Diógenes Laercio, 2, 2), ni cómo Plinio (*Historia natural*, 2, 8) colocaba en la 58.<sup>a</sup> Olimpiada el descubrimiento de la inclinación de la eclíptica, si Anaximandro no hubiera mencionado en su obra este año. ¿Quién si no habría podido registrar entonces semejantes descubrimientos? [La cita de Plinio está sin duda tomada de una de las muchas obras *περί εὐρημάτων*, escritas desde la época de Aristóteles.]

duda adquirió en Babilonia <sup>1)</sup>, con ayuda del cual determinó en Esparta que continuaba siendo el centro de la civilización helénica, los solsticios y los equinoccios y calculó la inclinación de la eclíptica <sup>2)</sup>. Según Eratóstenes <sup>3)</sup>, él fué también el primero que intentó dibujar una carta geográfica, con el propósito más que de hacer una descripción de los diversos países y pueblos, de trazar una división matemática del globo. Según Aristóteles <sup>4)</sup>, Anaximandro admitía la existencia de innumerables mundos que llamaba dioses, porque imaginaba estos mundos como seres dotados de fuerza motriz propia, y sostenía que naciendo unos cuando otros se destruían, este movimiento debía durar eternamente. Estos mundos, según él, procedían del sér primitivo infinito, ó más bien indeterminado, al cual daba el nombre de ἄπειρον y cuyos atributos excluía como otras tantas limitaciones para llegar á la idea de una sustancia primitiva de donde todo nace y á la que todo vuelve. «Todo cuanto existe, dice en un fragmento que se ha conservado, debe, como es justo, hallar su fin allí donde tuvo su origen; porque, según el orden de los tiempos, todo sér es siempre castigado por otro, por su injusticia» (por haber usurpado el puesto á otro) <sup>5)</sup>.

*Anaximenes*, también de Mileto, según tradición muy generalizada en la antigüedad, tiene íntimas conexiones con Anaximandro, no sólo por la época en que floreció, si que también por su educación; todo lo cual induce á suponerle nacido poco tiempo antes de las guerras médicas <sup>6)</sup>. Con él la filosofía jónica

<sup>1)</sup> Heródoto, 2, 109. Respecto al gnomon de Anaximandro, véase Diógenes Laercio, 2, 1, y otros autores.

<sup>2)</sup> La oblicuidad de la eclíptica, esto es la distancia entre la órbita que recorre el sol y el ecuador no podía pasar desapercibida para ningún observador atento; pero Anaximandro halló medio de medirla, en cierto modo, con el gnomon.

<sup>3)</sup> [En Estrabon, 1, p. 7.]

<sup>4)</sup> [Física, 8, 1, p. 250, b, 18. Véase Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. 1, página 167.]

<sup>5)</sup> Comentarios de Simplicio á la Física de Aristóteles, f. 6, a, [donde dice ποιητικώτεροις ὀνόμασιν αὐτὰ λέγων.]

<sup>6)</sup> Las noticias más precisas acerca de la época en que floreció son tan confusas, que es difícil descifrarlas. Véase Clinton en el *Philological Museum*, vol. 1, p. 91. [No ha de concederse entero crédito á los escritores posteriores, que le presentan como discípulo ó como sucesor de Anaximandro, pues los antiguos eran muy dados á buscar vínculos y lazos de unión entre los hombres de mérito sobresaliente.]

comenzó á acercarse al lenguaje del raciocinio, pues su obra estaba escrita en el dialecto sencillo y vulgar de la Jonia. Atento á descubrir una sustancia de la cual hubieran podido formarse las cosas sensibles, encontró que el aire respondía perfectamente á todas sus exigencias, y mostró gran ingenio en su tarea de probar cómo los cuerpos más diversos se formaban del aire por la condensación y por la evaporación. Este principio material, sin embargo, no fué considerado por los jonios como puramente material, sino que le miraban como dotado de fuerza motriz propia y como un sér espiritual y divino. «Así como el alma,—dice Anaximenes en un fragmento que se ha conservado <sup>1)</sup>—que no es más que aire, nos mantiene á nosotros, así el céfiro y el aire mantienen al universo entero.»

Personalidad mucho más importante, no sólo en la historia de la filosofía, sino también en la esfera de la civilización helénica en general y muy particularmente en la prosa, es *Heráclito* de Efeso que floreció hacia la 69.<sup>a</sup> Olimpiada, 505 a. Chr. <sup>2)</sup>. Dícese que dedicó su obra intitulada «De la naturaleza»—título que á decir verdad no se dió á los libros hasta los últimos tiempos—á la diosa protectora de Efeso, la gran Artemis, como si solo tal dedicatoria fuera digna de ella, y el público en su concepto no mereciese poseerla. La unánime tradición de la antigüedad presenta á Heráclito altivo, reservado, enemigo de dar y de recibir enseñanzas, y convencido de que las altas ideas producto de sus profundas meditaciones sobre la naturaleza de las cosas, eran muy superiores á cuantos conocimientos pudiesen transmitirle los demás. «El mucho aprender, dice, no fortifica la inteligencia; de otra suerte, hubieran sido sabios Hesiodo y Pitágoras, Jenófanes y Hecateo <sup>3)</sup>». Así su estilo parece más bien el laborioso resultado de elevados pensamientos que la exposición clara y sencilla que preferían los jonios; y su prosa no es tal sino porque no se ajusta á las reglas de la métrica, pues es más atrevida en

<sup>1)</sup> Estobeo, *Eclog. phys.*, 1, 10, t. 1, p. 296. [Véase Plutarco, *De plac. phil.*, 1, 3, y Aristóteles, *Metafísica*, A. 3.]

<sup>2)</sup> [Acerca de la vida de Heráclito véase la circunstanciada exposición de Schuster en Ritschl, *Acta societ. philol.*, Lipsa, vol. 3, p. 358 y ss.]

<sup>3)</sup> En Diógenes Laercio, 9, 1: *πολυμαθητήν νόον οὐ διδάσκει* (mejor que *φύει* en otros). *Ἡσίοδον γὰρ ἂν ἐδίδαξε καὶ Πυθαγόρην, αὐτίς τε Ξενοφάνεα πε καὶ Ἐκκαταίον*, pasaje muy importante para el estudio de los albores de la erudición entre los griegos. [Véase Schuster, *op. cit.*, p. 65. y 370 y ss.]

el uso de la lengua y más inspirada que muchas poesías <sup>1)</sup>). El pensamiento que hay que considerar como base de sus especulaciones sobre la naturaleza, es el de que todo se agita en perpetuo movimiento; nada hay eterno, sino que todo nace y perece. «Seguimos, dice en lenguaje simbólico, las mismas corrientes y no las seguimos (porque al punto se cambian en otras); somos y no somos (porque nada hay estable y fijo en nuestra existencia)» <sup>2)</sup>). Así en ninguna cosa sensible veía caracteres de individualidad, sino simplemente formas de otra cosa. «El fuego, dice, vive la muerte de la tierra y el aire vive la muerte del fuego; el agua vive la muerte del aire y la tierra la del agua» <sup>3)</sup>); con lo cual quería decir que todas las cosas, consideradas individualmente, surgen de una sustancia universal como formas diversas que mutuamente se destruyen. De igual suerte, decía hablando de los hombres y de los dioses: «Nosotros vivimos la muerte de ellos, y su vida es nuestra muerte» <sup>4)</sup>); para significar que en su concepto los hombres eran dioses muertos y los dioses hombres

<sup>1)</sup> [Notable es bajo este concepto lo que hablando de Heráclito decía Sócrates á Eurípides, según pretende Diógenes Laercio, 2, 22 (véase 9, 11): ἄ μὲν συνήκα, γενναία. οἰμαὶ δὲ καὶ ἄ μὴ συνήκα. πλὴν Δηλίου γέ τινος, δεῖται κολυμβητοῦ Y de igual suerte el juicio de Aristóteles, *Retórica*, 3, 5: τὰ γὰρ Ἡρακλείτου διασπείζαι ἔργον διὰ τὸ ἄδηλον εἶναι ποτέρῳ πρόκειται, τῷ ὕστερον ἢ τῷ πρότερον. Véase Demetrio, *De elocut.*, § 192, y Teofrasto en Diógenes Laercio, 9, 6: ὑπὸ μελαγχολίας τὰ μὲν ἡμιτελῆ, τὰ δ' ἄλλοτ' ἄλλως ἔχοντα γράψαι.]

<sup>2)</sup> Ποταμοὶς τοῖς αὐτοῖς ἐμβαίνουμέν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνουμέν, εἰμὲν τε καὶ οὐκ εἰμὲν, Heráclito, *Allegor. Hom.*, c. 24, p. 84. La imagen del río cuya corriente no puede remontarse dos veces, porque á menudo cambia de dirección, se halla reproducida en muchos pasajes de la obra de Heráclito, para demostrar que toda existencia es como una corriente que jamás se detiene é interrumpe. [Acerca de las diversas acepciones de esta expresión que por primera vez aparece empleada en el *Cratilo* de Platon, p. 402, a, véase Schuster, *op. cit.*, p. 86 y ss.]

<sup>3)</sup> Ζῆ πῦρ τὸν γῆς θάνατον, καὶ ἀήρ ζῆ τὸν πυρὸς θάνατον, ὕδωρ ζῆ τὸν ἀέρος θάνατον, γῆ τὸν ὕδατος. Máximo de Tiro, *Disertat.*, 41, 4, p. 489. La expresión de que una cosa vive de la muerte de otra, es muy frecuente en los fragmentos de Heráclito, el cual generalmente empleaba para expresarse un muy reducido número de formas. [Véase acerca de este particular las observaciones de Schuster, *op. cit.*, p. 92, y 194 y ss.]

<sup>4)</sup> Ζῶμεν τὸν ἐκείνων θάνατον, τεθνήκαμεν δὲ τὸν ἐκείνων βίον. Filon, *Allegor. leg.*, p. 60. Heráclito, *Allegor. Hom.*, c. 24. [En su más genuína acepción aparecen tomadas las palabras de Heráclito en Hipólito, *Refut. omn. haeres.*, 9, 10, p. 446: de Duncker ἀθάνατοι θνητοί, θνητοί ἀθάνατοι ζῶντες τὸν ἐκείνων θάνατον, τὸν δὲ ἐκείνων βίον, τεθνεώτες (donde acaso debe leerse ζῶμεν y τεθνήκαμεν). Véase acerca de este punto á Schuster, *op. cit.*, p. 175 y ss.]

vueltos á la vida. Buscando en los fenómenos naturales el principio de este movimiento continuo, Heráclito creyó hallar en el fuego la forma más pura de esta fuerza vital; pero no en el fuego apreciable por los sentidos, que, como acabamos de ver, en su concepto vivía y moría como los demás elementos, sino en una fuerza más elevada y más general: en el principio ígneo de la vida, respecto del cual se expresa en los siguientes términos: «El orden eterno de las cosas no fué obra de un hombre ni de un dios, sino que fué siempre, es y será el fuego eternamente vivo que con predeterminada regularidad se enciende y se extingue» <sup>1)</sup>). Heráclito, sin embargo, no imaginaba que este movimiento continuo fuese consecuencia de la casualidad y como una corriente no sometida á ninguna ley superior, sino que la creía regulada por un poder supremo llamado εἰμαρμένη, que dirigía las cosas hacia arriba y hacia abajo (expresiones con las cuales quería indicar el nacimiento y la muerte). «El sol, decía, no abandonará su camino; si tal hiciese, las Erinnyas auxiliares de Dice le volverían á él» <sup>2)</sup>). En el movimiento reconocía una ley eterna impuesta por los poderes supremos del universo; punto en el cual los sucesores de Heráclito no parecen haber seguido el sabio ejemplo de su maestro; pues los exagerados Heráclidas, á quienes Platon llama por burla *corredores* (βέροντες) <sup>3)</sup> trataban de demostrar la existencia de un movimiento irregular y un cambio continuos en todas las cosas.

Heráclito menospreció, como casi todos los filósofos, la religión popular. Su carácter filosófico consistía precisamente en buscar en su propia experiencia argumentos que le permitiesen emanciparse de todo lo que era tradición positiva, en la cual se hallaban confundidos y mezclados los prejuicios y la superstición con las verdades y los principios más nobles y elevados. Con toda la osadía del libre pensador, Heráclito rechazó también los ritos todos de la religión griega, y decía de sus compatriotas: «Imploran á las imágenes como si alguno quisiera entablar conversación

<sup>1)</sup> Κόσμον τὸν αὐτὸν ἀπάντων οὔτε τις θεῶν οὔτε ἀνθρώπων ἐποίησεν, ἀλλ' ἦν ἀεὶ καὶ ἔστιν καὶ ἔσται πῦρ ἀείρων, ἀπτόμενον μέτρα καὶ ἀποσβεσσόμενον μέτρα. Clemente Alejandrino, *Stromateon*, 5, p. 711 de Potter.

<sup>2)</sup> Ἥλιος οὐχ ὑπερβήσεται μέτρα' εἰ δὲ μή, Ἐρινύες μιν Διτῆς ἐπίκουροι ἐξευρήσουσιν. Plutarco, *De exil.*, c. 11, p. 604 [y *De Iside et Osiride*, c. 48. Schuster, *op. cit.*, p. 183 y 184. Véanse los versos en Esquilo, *Prometeo*, 515 y ss.]

<sup>3)</sup> \*Theaetet, p. 181, a.

con los edificios<sup>1)</sup>. A pesar de esto, las opiniones de Heráclito sobre las conexiones entre el cuerpo y el alma están en armonía perfecta con la religión popular y con las ideas entre los griegos predominantes; pues el vulgo consideraba los seres primitivos del mundo como poderes espirituales y objetos materiales al mismo tiempo, y para Heráclito la sustancia primitiva del mundo era fuente de toda vida espiritual. Por otra parte, después de Heráclito, Anaxágoras operó una de las más importantes revoluciones que registra la historia de la inteligencia humana. Con Anaxágoras, el espíritu filosófico se desembaraza completamente de las ideas religiosas populares para penetrar en una esfera que habían ya invadido desde hacía largo tiempo en Oriente la razón especulativa y hasta las creencias religiosas, y en la cual desempeñan papel importante las teorías mosaicas relativas á la divinidad y al universo. Anaxágoras fué, en efecto, quien propagó entre los griegos, y en forma filosófica como resultado de la meditación especulativa, estas ideas, tan familiares para nosotros gracias al Cristianismo; y como desde su aparición se mostraron en oposición mucho más abierta con la religión mitológica popular<sup>2)</sup> que todas las demás doctrinas propaladas por los filósofos anteriores, contribuyeron poderosamente, merced á su rápido desarrollo, á minar los fundamentos en que descansaba el culto de los dioses antiguos, preparando al propio tiempo el triunfo del Cristianismo.

Aunque considerado como discípulo de Anaximenes, *Anaxágoras* floreció bastante tiempo después de aquél, cuando no solo las opiniones de los filósofos físicos de la Jonia, sino también las de los pitagóricos y hasta las de los eleáticos se habían ya difundido por toda la Grecia, ejerciendo marcado influjo en los espíritus reflexivos. Sin embargo, siendo de todo punto imposible abarcar de una sola ojeada los simultáneos progresos de los diversos órdenes ó escuelas de filósofos, y siguiendo fielmente Anaxágoras á sus predecesores jónicos en la tendencia de sus investigaciones y en el modo de exponer su resultado, continuaremos estudiando las producciones de los filósofos jónicos antes de pasar á los eleá-

<sup>1)</sup> Καὶ τοῖσι ἀγάλμασι τουτέοισι εὔχονται, ὁμοῖον εἶ τις δόμοις λισχηνεύοιτο, en Clemente Alejandrino, *Cohort.*, 4, p. 44 [Schuster, *op. cit.*, 334-335].

<sup>2)</sup> [Esto explica la enemiga de los primeros filósofos contra los poetas, á quienes combaten como defensores y propagandistas de la religión popular.]

ticos y pitagóricos. Por datos cronológicos bastante acordes, conocemos los puntos culminantes de la vida de Anaxágoras. Nacido en Clazomene, en la Jonia, el año 1 de la 70.<sup>a</sup> Olimpiada, 500 a. Chr., trasladóse á Atenas el año 1 de la 81.<sup>a</sup> Olimpiada, 456 a. Chr.,<sup>1)</sup> y allí vivió veinticinco años (para emplear números redondos se dice treinta) hasta los comienzos de la guerra del Peloponeso. En esta época una facción ateniense que por cuantos medios estaban á su alcance procuraba quebrantar la autoridad y la popularidad de Pericles, no atreviéndose á atacar de frente y de una manera directa al gran estadista, comenzó á perseguir á sus amigos y familiares, entre los cuales se hallaba Anaxágoras, ya muy anciano, cuyas libérrimas disquisiciones acerca de la naturaleza de las cosas fueron motivo bastante para acusarle de no creer en los dioses que el pueblo veneraba. No es posible determinar, dada la discrepancia de las opiniones, cuál fué el resultado de aquella acusación; pero es de todo punto indudable que abandonó á Atenas el año 2 de la 87.<sup>a</sup> Olimpiada, 431 a. Chr., y murió tres años después en Lampsaco á la edad de setenta y dos años, 1 de la 88.<sup>a</sup> Olimpiada, 428 a. Chr.

El tratado de Anaxágoras acerca de la naturaleza, que su autor compuso en edad ya avanzada y por consiguiente durante su permanencia en Atenas<sup>2)</sup>, estaba escrito, como el de Anaxímenes, en prosa y en dialecto jónico. Los fragmentos que han llegado hasta nosotros, de los cuales algunos son bastante extensos<sup>3)</sup>, ofrecen proposiciones breves relacionadas entre sí por medio de partículas conjuntivas (como, y, pero, porque) pero sin formar largos períodos. Había, sin embargo, en el método de exposición de Anaxágoras una trabazón estrecha de las partes y subordinación de las pruebas y de los argumentos á ciertos resultados capitales de la discusión. Sus demostraciones eran sintéticas y no analíticas, esto es, que unía las pruebas á las proposiciones

<sup>1)</sup> El arcontado de Callias, el cual ha sido confundido con el Callias ó Calliades arconte en el año 1 de la 75.<sup>a</sup> Olimpiada, en medio de los horrores de las guerras médicas, era época poco favorable para que el filósofo de Clazomene comenzase sus estudios.

<sup>2)</sup> Cuando ya Empédocles se había dado á conocer, Aristóteles, *Metafísica*, A, 3, y la palabra *ἔργα* servía para designar todas las producciones filosóficas.

<sup>3)</sup> El más extenso se encuentra en los comentarios de Simplicio á la *Física* de Aristóteles, f. 33 b, *Anaxagorae fragmenta illustr. ab* Eduardo Schaubach, Lipsa, 1827. Fragm. 8.

que trataba de demostrar, en lugar de remontarse por medio de la inducción á las tesis <sup>1)</sup>. Comenzaba Anaxágoras la exposición de su doctrina con el sistema de los átomos, que, disintiendo de las opiniones de sus predecesores, consideraba como fijos y determinados; y fué el primero en prescindir—en oposición á las ideas que hasta entonces habían imperado—de la idea de creación, en sus explicaciones sobre los fenómenos naturales. «Los helenos, dice, incurrieron en error al creer en la creación y en la destrucción, porque nada nace ni perece, sino que todo se produce por la combinación de las cosas ya existentes, y muere por la separación de estas mismas cosas. Así, pues, debieron decir conjunción en lugar de creación, y descomposición en vez de destrucción» <sup>2)</sup>. Explíquese ahora perfectamente que esta creencia llevase á Anaxágoras á suponer la existencia de átomos invariables é indestructibles, que mezclados y confundidos formaban los cuerpos. Pero como la absoluta carencia de nociones y procedimientos químicos le impedía determinar la composición de los cuerpos que se producían en la naturaleza, supuso que todo cuerpo como el hueso, la carne, la madera, la piedra, está formado por ciertas partículas homogéneas, las famosas *homeomerias* (ὁμοιομέρειαι) de Anaxágoras <sup>3)</sup>. No obstante, para explicar cómo una cosa se derivaba de otra, vióse forzado á suponer también que cada cosa contenía algún elemento de las otras, y que la forma particular de cada cuerpo dependía de la naturaleza de las partículas en él predominantes. Ahora bien; sosteniendo como sostuvo Anaxágoras—el primero en Grecia—que los cuerpos no eran sino materia inanimada desprovista de movimiento espontáneo é incapaz de transformarse por sí misma, era natural que experimentase la

<sup>1)</sup> Así, por ejemplo, el pasaje que á continuación citamos acerca de la creación de las cosas, no iba á la cabeza sino que seguía á las proposiciones relativas á las homeomerias, al νοῦς. Anaxágoras comenzaba casi como un poeta teogónico: Todas las cosas estaban juntas y confundidas y eran infinitas en número y en pequeñez. [Simplicio, comentarios á la *Física* de Aristóteles, f. 33, b; véase Diógenes Laercio, 2, 3.]

<sup>2)</sup> Comentarios de Simplicio á la *Física* de Aristóteles, f. 34, b; fragm. 22 de Schaubach. (Respecto á la enumeración véase Panzerbieter, *De fragm. Anaxagorae ordine*, p. 9, 21, Meiningae, 1836, y Schorn, *Anaxagorae Clazom. et Diogenis Apolloniatae fragmenta disp. et ill.* Bonnæ, 1829.)

<sup>3)</sup> Si se sustituyen estos átomos de piedra con los de los metales y metaloides, se verá que la ciencia moderna sigue aún el derrotero abierto por Anaxágoras.

necesidad de buscar, fuera del mundo material, un principio de vida y de movimiento. Este principio era para él el espíritu Νοῦς, al cual llamaba «el más puro, el más sutil de todos los seres, que posee suma fuerza y el conocimiento de todas las cosas» <sup>1)</sup>. Este espíritu no está sometido á la ley general de las homeomerias, esto es, de entrar en la composición de todas las cosas; existe en los seres animados, pero sin estar tan íntimamente ligado con los átomos materiales como éstos lo están entre sí. Él fué el que, al principio del mundo, dió á los átomos materiales, entonces desordenados y confundidos, el impulso por el cual tomaron formas diversas de cosas y de entes. Este impulso es, según Anaxágoras, como una corriente circular (περιχώρησις) que partiendo del Νοῦς comunica á las cosas un movimiento de rotación como el que tienen el sol, la luna, las estrellas, y hasta el aire y el éter <sup>2)</sup>. La fuerza de este movimiento circular, según él, mantiene en su respectiva órbita á todos los astros, que son grandes masas de piedra. De todas las enseñanzas de Anaxágoras, la que le valió más censuras y la que se consideraba como la prueba más patente de su ateísmo, consistía en afirmar que el sol, Helios, el dios sublime que con dulce solicitud alumbraba á los inmortales y á los mortales, era una masa de hierro candente <sup>3)</sup>. ¡Cuán extravagantes debieron parecer estas ideas á pueblos habituados á considerar la naturaleza como penetrada de mil fuerzas vitales y divinas á las cuales no iba á quedar más que la capacidad de ser puestas en movimiento! Y sin embargo se propagaron con rapidez extraordinaria, á pesar de las resistencias que les opusieron la religión, la poesía y hasta las institucio-

<sup>1)</sup> ἔστι γὰρ λεπτότατόν τε πάντων χρημάτων καὶ καθαρώτατόν καὶ γνώμην γε περὶ παντός πᾶσαν ἴσχει καὶ ἴσχύει μέγιστον. Simplicio, *op. cit.*; fragm. 8 de Schaubach.

<sup>2)</sup> Parece también que el círculo fué como el principal asunto de los estudios matemáticos de Anaxágoras. Con estudios preparatorios muy imperfectos, fuerza es decirlo, intentó resolver el problema de la cuadratura del círculo, y según Vitruvio, hizo también algunas investigaciones acerca de la perspectiva de la escena y del teatro, que descansaban igualmente en el estudio del círculo. [Véase O. Müller, *Aeginetica*, p. 104, y Schaubach, *Anaxagorae Fragmenta*, p. 60-61.]

<sup>3)</sup> μύδροσ διάπυροσ. En gran manera contribuyó á la consolidación de esta idea acerca de la naturaleza de los cuerpos celestes, el gran aerolito que cayó en Egos Potamos, cerca del Hellesponto, el año 1 de la 78.<sup>a</sup> Olimpiada; Anaxágoras y Diógenes de Apolonia hablan de este fenómeno. Böckh, *Corp. Inscript. Graec.*, t. 2, p. 320.